

“Final de una lucha”: la otredad como deseo

Por: Patricia Adriana Nava Garcés

Mis pasos en esta calle
resuenan
en otra calle
donde
oigo mis pasos
pasar en esta calle
donde
sólo es real la niebla.
Octavio Paz, *Aquí*

Pese a que existen múltiples escritoras mexicanas talentosas como Josefina Vicens, Guadalupe Dueñas o Amparo Dávila, entre muchas otras, su obra casi no se conoce sino en los ámbitos especializados, es por ello que es menester difundir la voz de estas mujeres a través de la crítica de su obra.



Amparo Davila

En este breve artículo hablaré de Amparo Dávila; visitar su obra es entrar en los terrenos inciertos de una narrativa compleja, con personajes sin nombre, con entes indefinidos en sus formas mas no en su fondo, porque algunas veces estos elementos construyen espacios *oscuros*, donde el lector es quien debe llevar la luz e *iluminar*

esos rincones donde la escritora no ha dejado más que un resquicio que salpica apenas una leve señal de que *algo* ha pasado. Así, nos encontramos con huéspedes que atemorizan a una esposa abandonada por la rutina de su marido, con la presencia de pequeños animales jamás nombrados (o *innombrables*) que enriquecen los banquetes de domingo y con los fragmentos de un diario de un hombre cuya tempestad interna se asoma en breves momentos cerca de una escalera.

Todos ellos conviven en *Tiempo destrozado* (1959), primera publicación cuentística de quien llegara al mundo de Pinos, Zacatecas, en 1928. A esta obra pertenece “Final de una lucha”, cuyo sesgo crece hacia una atmósfera cada vez más desconcertante en la que un hecho en cotidiano de inmediato es asaltado por la inquietud de una escena que tambalea desde el inicio: “Estaba comprando el periódico de la tarde, cuando se vio pasar, acompañado de una rubia. [...] Era él mismo, no cabía duda” (2012: 45). A partir de entonces se entra en arenas movedizas, en la incerteza de saber en qué universo diegético nos encontramos. Y tampoco puede calmar esta zozobra el *no cabía duda* antes citado. Esa oscuridad es la que enriquece la narrativa daviliana, porque a la ganadora del premio Xavier Villaurrutia le complace mostrarnos fragmentos de una vida superficial, sin grandes sobresaltos pero irremediamente unida a imponderables como la soledad, la locura, el desamor, o a todos ellos en un solo instante, como en la obra que nos ocupa.

Durán esposo de Flora y personaje principal de este cuento, quien, como ya hemos señalado, se observa a sí mismo en la calle junto a una mujer rubia (hecho que tendremos que creer por no haber más asideros a alguna otra versión que lo desmienta), se lanza en una empresa revestida por la misma atmósfera casi surrealista —poética— de toda la historia:

buscar quién es esa rubia y si *aquél* es *él* o él es la sombra de *aquél*: “Si él [...] era el auténtico dueño del cuerpo y el que había pasado su sombra animada, o si el otro era real y él su sombra” (45). Es aquí donde la *otredad* comienza un juego de espejos donde cada hecho nos sitúa al límite de una vida y *otra*. Esta aventura no es fácil: ellos, (o quizá él, que los sigue) se pierden, aunque “Supo entonces que él era quien se había perdido, no los otros” (45). Sólo un punto *une* a ambas

vidas, algo tan evanescente como un perfume: “Subió tras ellos al tranvía. Alcanzó a aspirar el perfume de ella... lo conocía, *Sortilège* de Le Galion” (46). Ese aroma, ese olor no es solo el puente entre dos historias, sino también la frontera entre un tiempo y otro, uno tal vez jamás vivido pero presente en la memoria de Durán.

Entonces, aparece un segundo relato, fragmentario, sujeto a un ancla de desamor, donde ella, Lilia (ahora podemos nombrarla) desprecia el cariño y la compañía de aquel Durán, *el otro*, el infeliz, el que titubea entre si es sombra o carne. Pero el Durán con el

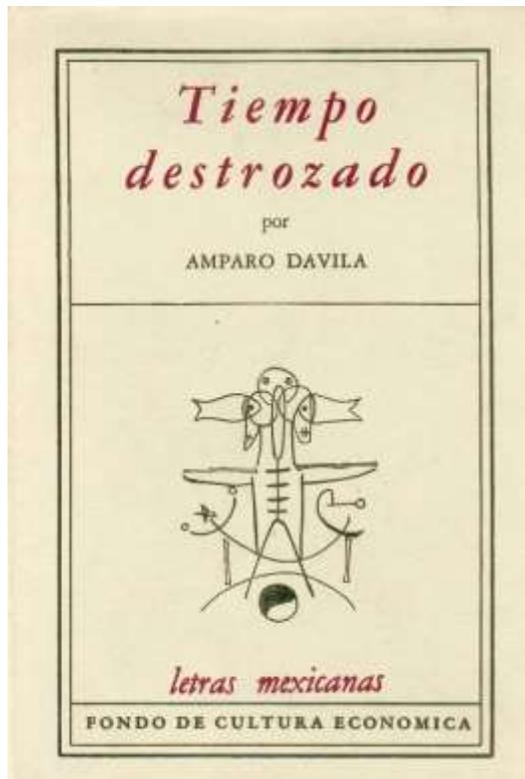
que ella se encuentra es la realización del amor antes improbable, es esa mujer a quien había querido “con desesperación, con dolor de sí mismo” (47); ella es el abismo, el espejo en el que este Durán quiere entrar, consciente de que ambas vidas son *reales*: “Las tenías a las dos [Flora y Lilia], las acariciaba, las poseía al mismo tiempo. Y sólo una de ellas lo tenía

realmente; la otra vivía con una sombra. Tocó el timbre de la puerta. Volvió a tocar... [...] Tocó nuevamente el timbre. Oyó en ese momento gritar a Lilia” (47).

¿Qué es ese grito? ¿Es acaso el grito de una mujer sometida a la violencia de *alguien más*, o el sonido de un recuerdo, de una impresión, de algo que no *sucedio realmente*? Pero el ruido era tangible: “Gritaba desesperada como si la estuvieran golpeando. Y la golpeaba él mismo, cruel y salvajemente” (47). Es este el punto de inflexión, donde el espejo se torna más oscuro, más titubeante,

inefable. La escena irrumpe como una tormenta en la psique del lector, y quizás en la de Durán; pronto nos acercamos a esos umbrales donde Amparo Dávila gusta aparcar los despojos de un cuerpo que la niebla muestra sin mostrar, porque lo trascendente se halla en un instante intrascendente. Y al fin llegamos al resquicio que miramos curiosos y a la vez asombrados, justo en un recuerdo de *este Durán*:

Y Lilia no oía ya lo que él estaba diciendo. La había tomado de un brazo tratando de retenerla sólo lo necesario para hacerle la invitación. Ella se desprendió de la mano que la sujetaba y corrió hasta el coche que la



esperaba. La vio sentarse muy cerca del hombre que había ido a buscarla, la vio besarla, alcanzó a oír su risa. Sintió que toda la sangre se le subía a la cabeza y por primera vez tuvo ganas de tenerla entre sus brazos y acabar con ella, hacerla pedazos. Aquélla fue la primera vez que bebió hasta perderse por completo... (48. Cursivas en original)

Tiempo destrozado es un prisma de realidades mentales, donde la identidad se desborda en precipicios cuyo fondo está tan lejano como la explicación unívoca a la reacción de los personajes. De cualquier forma queda siempre *algo* en un rincón. *Este Durán* contempla una obsesión, una búsqueda irrefrenable por olvidar a Lilia; en ese laberinto se encuentra con *otras Lilias* que no lo abandonaron pero le conciernen. La última lucha es una lucha por matar a Lilia, a aquella mujer que lo despreció. Y al mismo tiempo es una pelea contra el desamor.

“Final de una lucha” es botón de muestra de una prosa rica y en consecuencia enigmática. A la autora no le importa la sucesión de hechos en un relato, porque su relato rompe las barreras del simple género y se desborda por las paredes de la poesía, porque realiza un viaje de *afuera* hacia *adentro*, y ese adentro es un pozo que contiene cuerpos y espíritus. “Los personajes [...] transitan sin barreras que los contengan de la realidad que los disgusta a la irrealidad en que satisfacen sus más íntimos anhelos” (Carballo, 1964: XVIII).

Leer a Amparo Dávila es descubrir un mundo de conceptos y metáforas donde la riqueza de los temas y su manejo sorprenden, ya que no es una realidad particular sino la verdad del ser humano y sus demonios.

Bibliografía

Dávila, A. (2012). *Cuentos reunidos*. México: FCE.

Hemerografía

Carballo, E. (1964, octubre). *Amparo Dávila entre la realidad y la irrealidad*. *La cultura en México*, 141.

Mesografía

(4 de noviembre de 2015). Amparo Dávila.

Recuperado de:

<http://oralapluma.blogspot.mx/2012/04/amparo-davila-en-la-eme.html>

(4 de noviembre de 2015). *Tiempo destrozado*.

Recuperado de:

<http://www.fondodeculturaeconomica.com/portadas/FEP/4000/FG4604.jpg>